



# El dinero

DE DÓNDE VINO Y ADÓNDE FUE

JOHN KENNETH GALBRAITH

—G—  
BIBLIOTECA  
GALBRAITH

*Ariel* ECONOMÍA

JOHN K. GALBRAITH

# EL DINERO

De dónde vino y adónde fue

Traducción de J. Ferrer Aleu y  
Blanca Ribera de Madariaga (actualización)

*Ariel* ECONOMÍA

## ÍNDICE

<b>Agradecimientos</b>	7
<b>Introducción a la edición revisada</b>	9
I. El dinero	11
II. Monedas y tesoros	15
III. Bancos	27
IV. El banco	39
V. El papel	57
VI. Un instrumento de revolución	71
VII. La guerra del dinero	81
VIII. El gran compromiso	99
IX. El precio	115
X. El sistema impecable	135
XI. La caída	155
XII. La inflación final	169
XIII. Heridas por propia mano	189
XIV. Cuando el dinero se detuvo	209
XV. La amenaza de lo imposible	227
XVI. El advenimiento de J. M. Keynes	245
XVII. La guerra y la lección siguiente	265
XVIII. Los buenos años: la preparación	285
XIX. El cénit de la nueva economía	301
XX. Dinero y política	317
XXI. A partir de los ochenta	335
XXII. Epílogo	341

# I

## EL DINERO

Durante mucho tiempo fue de buen ver entre los historiadores el mostrarse modestos, salvo en lo más recóndito de sus creencias, sobre las lecciones de la Historia. Quizá ésta enseña solamente que enseña poco. En lo concerniente al dinero, esta modestia es injustificada. La historia del dinero enseña mucho o se puede hacer que enseñe mucho. Ciertamente, es muy dudoso que puedan aprenderse por otros métodos nociones duraderas sobre el dinero. Las actitudes frente al dinero siguen grandes oscilaciones cíclicas. Cuando el dinero es malo, la gente quiere que sea mejor. Cuando es bueno, la gente piensa en otras cosas. Solamente estudiando las cuestiones en el curso del tiempo, se puede ver que aquellos que sufren la inflación anhelan una moneda estable y que aquellos que aceptan la disciplina y el coste de la estabilidad llegan a aceptar los riesgos de la inflación. Este ciclo nos enseña que nada, ni siquiera la inflación, es permanente.

También aprendemos que el miedo a la inflación puede ser tan perjudicial como la propia inflación. Y también nos enseña la Historia, más claramente que cualquier otra disciplina, cómo ha evolucionado el dinero y las técnicas para su uso o su mal uso y cómo éstas sirven o dejan de servir. Gracias al pasado, vemos cómo las instituciones nuevas —corporaciones, sindicatos, política de bienestar social— han alterado el problema de conservar la estabilidad de precios en el presente, y cómo las circunstancias cambiantes han complicado enormemente la tarea.

Este libro se preocupa de las lecciones de la Historia, más que de la Historia misma. Su propósito es didáctico y expositivo, más en relación con el presente que con el pasado. Pero su propó-

sito es también menos que completamente solemne. Hay muchas cosas fascinadoras en la historia del dinero. Y hay muchas más que ilustran elocuentemente el comportamiento humano y la locura humana. Que el amor al dinero es la causa de todos los males es algo que puede discutirse. Adam Smith, profeta para muchos de una autoridad sólo ligeramente inferior a los de la Biblia, pensaba, en 1776, que de todas las ocupaciones a que hasta entonces se había dedicado el hombre —guerra, política, religión, diversiones violentas, sadismo no compensado—, la de ganar dinero era, socialmente, la menos perjudicial. Pero es indudable que el afán de dinero, o cualquier asociación duradera con él, es capaz de provocar un comportamiento no sólo chocante, sino francamente irracional.

Hay buenas razones para ello. Los hombres poseedores de dinero, como antaño los favorecidos por una noble cuna y un título importante, se imaginan indefectiblemente que el respeto y la admiración que inspira el dinero son realmente debidos a su propia sabiduría o personalidad. El contraste entre la opinión que tienen de ellos mismos, reforzada de este modo, y la con frecuencia ridícula y corrompida realidad, ha sido siempre fuente de pasmo y de diversión. De una manera parecida, siempre ha causado una especie de satisfacción morbosa la rapidez con que se evaporan el respeto y la admiración al quedarse el individuo sin dinero.

El dinero atonta de otra manera. Reiteradamente, a lo largo de los siglos, los hombres presumieron que habían descubierto el secreto de su infinita multiplicación. Y a la vez que se convencieron de ello, convencieron a los demás. Esto involucra invariablemente el redescubrimiento, tal vez en forma ligeramente novedosa, de algún fraude antiquísimo. El lapso de tiempo entre el cénit trascendental del genio financiero y el nadir del subsiguiente derrumbamiento —de ser John Law, salvador de la Regencia francesa, a ser John Law, el paciente de Venecia; de ser Nicholas Biddle, primer maestro de las finanzas americanas y personaje temido por los presidentes, a ser Nicholas Biddle, el más famoso quebrado de Filadelfia; de ser Bernard Cornfeld, el de los aviones de reacción y las concubinas de mirada triste, a ser Bernard Cornfeld, de la prisión de San Antonio; de ser Michael Milken, el genio del mercado de obligaciones inmovilizadas, a ser Michael Milken, el residente de una distinguida prisión de mínima seguridad— es, con

frecuencia, de unos pocos meses o, como máximo, de unos pocos años. Estas vertiginosas ascensiones y estas terribles caídas tienen algo maravilloso y malignamente divertido, especialmente cuando les ocurre a otros. Indudablemente, lo importante aquí es la anécdota y no el significado.

Conviene decir unas palabras sobre la actitud mental con la que deseamos que aborde el lector un libro de esta clase. Una discusión sobre dinero entraña una gruesa capa de encantamiento sagrado. Esto es, en parte, deliberado. Los que hablan de dinero y enseñan sobre él y se ganan la vida con él, adquieren prestigio, estima y ganancias pecuniarias de una manera parecida a como los adquieren un médico o un hechicero al cultivar la creencia de que están en relación privilegiada con lo oculto, de que tienen visiones de las cosas que no están al alcance de las personas corrientes. Aunque profesionalmente remunerador y personalmente provechoso, esto es también una forma conocida de fraude. Nada hay en el dinero que no pueda ser comprendido por una persona razonablemente curiosa, activa e inteligente. Nada hay en las páginas que siguen que no pueda comprenderse de este modo. Y sean cuales fueren los errores de interpretación o de hecho que pueda contener este relato, el lector puede estar seguro de que ninguno de ellos se debe a simplificación. El estudio del dinero es, de todos los campos de la economía, el único en que se emplea la complejidad para disfrazar o eludir la verdad, no para revelarla. La mayoría de las cosas de la vida —los automóviles, las amantes, el cáncer— sólo son importantes para aquellos que las tienen. En cambio, el dinero es tan importante para los que lo tienen como para los que carecen de él. Por consiguiente, los dos tienen interés por comprenderlo. Y los dos deberían iniciar la lectura plenamente convencidos de que pueden hacerlo.

Llegados a este punto, el lector se preguntará si un libro sobre la historia del dinero no debería empezar con alguna definición de lo que es el dinero en realidad. ¿Qué es lo que hace que un trozo de papel, intrínsecamente sin valor, resulte útil en el cambio, mientras otro pedazo de papel, de tamaño similar, carece de esta valía? Los precedentes para este esfuerzo son muy poco alentadores. Los locutores de televisión que tienen fama de pene-

trar el pensamiento suelen iniciar las entrevistas con los economistas con esta pregunta: «Bueno, dígame usted, ¿qué es exactamente el dinero?». Las respuestas son invariablemente incoherentes. Los profesores de economía elemental o de materias dinerarias y bancarias empiezan su explicación con definiciones auténticamente sutiles. Éstas se copian cuidadosamente, se aprenden fatigosamente de memoria y se olvidan con una sensación de alivio. El lector debería seguir estas páginas con la convicción de que el dinero no es más ni menos que lo que él, o ella, siempre pensaron que era: lo que se da o se recibe generalmente por la compra o la venta de artículos, servicios u otras cosas. Las diferentes formas de dinero y lo que determina qué se podrá comprar con él, es harina de otro costal. Pero es precisamente lo que se proponen revelar las páginas siguientes.

Una última advertencia. Ésta es una historia de dinero, considerablemente menos que una historia de todo el dinero en todos los tiempos, algo que sin duda no tentará pronto a ningún historiador. Por consiguiente, tuvo que haber una selección en todos los períodos. La selección se fundó en lo que modeló mejor el desarrollo del dinero (como en el caso del Banco de Inglaterra), o en lo que ilustró mejor las fuerzas contendientes para su control (como en el caso de la lucha entre Jackson y Biddle), o contribuyó más a nuestra comprensión actual (como en la obra de Keynes y la historia reciente). Aunque, indudablemente, parte de la selección resultó también, cediendo al prejuicio, de lo que más interesaba al autor.

Como se verá en los capítulos que siguen, la selección converge sobre todo en el dólar. Aquí, el arte, real o presunto, se reduce a imitar la vida. La historia del dinero viene a parar al dólar y, de momento, termina en el dólar.

## II

### MONEDAS Y TESOROS

El dinero es una conveniencia muy antigua, pero la idea de que es un objeto digno de confianza y que puede aceptarse sin examinarlo o ponerlo en tela de juicio es, en todos los aspectos, una cosa muy ocasional, principalmente una circunstancia del siglo XIX. Durante unos cuatro mil años, hubo el acuerdo de utilizar para los intercambios uno o más metales, entre tres que eran la plata, el cobre y el oro, si bien la plata y el oro se emplearon también durante un tiempo como la aleación natural llamada «electrum». Durante la mayor parte de aquellos largos años, la plata representó el papel predominante y durante períodos más breves, como en el del régimen micénico o en la Constantinopla de después de la división del Imperio romano, el oro ocupó el primer lugar.<sup>1</sup> Siempre se consideró degradante que Judas entregase a Jesús por 30 monedas de plata. El hecho de que fuesen de plata sólo indica que fue una transacción comercial normal; si hubiesen sido tres piezas de oro, proporción plausible en la Antigüedad, el trato habría sido algo excepcional. En algunas ocasiones, y debido a su abundante uso, el oro tenía menos categoría que el cobre. Hay que advertir que, durante breves períodos, también se utilizó el hierro. Y mucho más tarde, según veremos, el tabaco tuvo una circulación limitada pero notable. Otros artículos

1. Los autores no están de acuerdo en el uso de los diferentes metales. Lo que hemos indicado corresponde a la opinión corriente, tal como la expresa Keynes. Cf. John Maynard Keynes, *Essays in Persuasion*, Nueva York: Harcourt, Brace & C., 1932, pp. 181-182. Hay un interesante croquis general del prematuro desarrollo de los metales y el dinero en Ferdinand Braudel, *Capitalism and Material life 1400-1800*, Nueva York, Harper & Row, 1967, pp. 325-327.



más raros o exóticos, como cabezas de ganado, conchas, whisky y piedras, aunque muy apreciados por ciertos maestros, nunca tuvieron una importancia duradera para la gente apartada de la primitiva existencia rural. La asociación histórica entre dinero y metal es muy íntima. Para todos los fines prácticos, el dinero fue, la mayoría de las veces, un metal más o menos precioso.

El metal era una cosa bastante engorrosa de aceptar, pesar, dividir y comprobar su calidad, en polvo o en pedazos, aunque más conveniente, a este respecto, que las cabezas de ganado. Por consiguiente, desde los primeros tiempos que conocemos, y probablemente desde antes, el metal se acuñó en monedas de un peso determinado. Herodoto atribuye esta innovación al rey de Lidia, presumiblemente a finales del siglo VIII a.C.

Todas las jóvenes de Lidia se prostituyen, y con ello se procuran su dote; así, disponen después de sus personas como consideran adecuado...

... Las maneras y las costumbres de los lidios no difieren esencialmente de las de Grecia, salvo en esta prostitución de las muchachas. Son el primer pueblo del que se tiene noticia de que acuñó oro y plata en monedas y comerció al detall.<sup>2</sup>

Parece posible, según referencias de la época hindú, que ciertas monedas, incluida una división decimal, circularan ya en la India unos siglos antes.<sup>3</sup> Después de los lidios, la moneda acuñada tuvo un gran desarrollo en las ciudades griegas y en sus colonias de Sicilia y de Italia llegando a ser una importante forma de arte. Algunos ejemplares que se conservan producen una gran impresión por su belleza. Desde Alejandro Magno, se estableció la costumbre de presentar la cabeza del soberano en la moneda, más como deliberada afirmación personal del gobernante que como garantía del peso y la finura del metal. Pero esto podía ser una espada de doble filo. Según Suetonio, después de la muerte de Calígula, se recogieron o fundieron las monedas con su efigie a fin de que se olvidasen el nombre y las facciones del tirano.

2. Herodoto, Libro I, *Clío*. Traducido del griego al inglés por el Rdo. William Beloc, Filadelfia, M'Carty and Davis, 1844, p. 31.

3. Alexander Del Mar, *History of Monetary Systems*, Londres, Effingham Wilson, 1895; Nueva York, Augustus M. Kelly, 1969, pp. 1 y 2.

La acuñación de monedas era sumamente práctica. Pero era también una invitación a grandes fraudes públicos y a pequeños fraudes privados. Los gobernantes pródigos o faltos de recursos —que en aquellos tiempos constituyeron una clara mayoría— comprendían a menudo que podían reducir la cantidad del metal en sus monedas o confeccionarlas de calidad inferior, con la esperanza de que nadie lo advertiría, al menos en breve plazo. Así, podía comprarse lo mismo con una cantidad menor de oro o de plata, o podía comprarse más con una cantidad igual. También ocurría que los empresarios privados, después de cerrar un trato, recortaban o limaban unos miligramos de metal de las monedas con que se había concertado el pago. Esto, con el tiempo, producía un agradable aumento marginal en los beneficios. La falsificación fue también un invento muy antiguo. Ya en el año 540 a.C., se dice que Polícrates de Samos estafó a los espartanos con monedas de oro falsas.

Con el transcurso del tiempo, y según las necesidades financieras de los gobernantes, su capacidad para resistir la tentación —que solía ser modesta— y el desarrollo privado de las artes defraudatorias, la moneda tendió casi invariablemente a empeorar. Parece que los griegos, y sobre todo los atenienses, se resistieron a este envilecimiento, comprendiendo claramente que era un procedimiento a corto plazo y perjudicial en definitiva, y que la honradez era, como mínimo, una buena política comercial. Después de la división del Imperio romano y la reafirmación de la influencia griega en Constantinopla, el besante fue durante unos siglos símbolo del dinero sólido, tan aceptable en todas partes como el oro que contenía.

En contraste con esto, la historia del desarrollado sistema monetario de la propia Roma, según ha establecido la leyenda, revela un continuo envilecimiento, que comenzó, según se presume corrientemente, debido a las presiones financieras de las guerras púnicas. Con el tiempo, esto tuvo por efecto convertir el patrón oro y plata monetario en patrón cobre. En los tiempos de Aureliano la moneda básica de *plata* tenía aproximadamente un 95 % de cobre. Más tarde, el contenido en plata bajó a un 2 %.<sup>4</sup> Se ha dicho que los modernos coleccionistas de monedas poseen hoy las bue-

4. Norman Angell, *The Story of Money*, Nueva York, Frederick A. Stokes Co., 1929, pp. 116-117.

nas piezas de oro y de plata que se escondieron antaño y que, con el asesinato, la huida precipitada o la expulsión normal de sus dueños, quedaron abandonadas y olvidadas.<sup>5</sup> Con el tiempo se llegaría a afirmar que la depreciación de la moneda había sido la causa del derrumbamiento de Roma. Esta historiografía —tendencia a atribuir grandes consecuencias adversas al comportamiento monetario que desaprueba el observador— se repetirá a menudo. Inútil decir que debe ser considerada con el mayor recelo.

En el mundo antiguo y medieval, las monedas de diferentes jurisdicciones convergían en las ciudades comerciales más importantes. Si existía la predisposición a aceptar moneda bajo palabra, se pagaba indefectiblemente con dinero malo y se retenía el bueno. Esta circunstancia dio origen, en 1558, a la máxima de sir Thomas Gresham, previamente formulada por Oresmo y Copérnico, y reflejada en la acumulación secreta del buen dinero romano, según la cual la moneda mala expulsa siempre a la buena. Ésta es, quizá, la única ley económica que nunca ha sido discutida, y ello por la razón de que nunca ha tenido una excepción importante. La naturaleza humana puede ser una cosa infinitamente variable. Pero tiene constantes. Una de ellas es que, ante una alternativa, cada cual guarda lo mejor para sí mismo, y también para aquellos a quienes quiere más.

Con numerosas monedas en circulación, diversamente adulteradas, recortadas, limadas, sobadas o rebajadas, de las que siempre se ofrecen primero las peores, la moneda se convirtió en un problema. Con ello se abría el camino a la próxima reforma, que era volver al contraste del peso. Este paso decisivo fue dado por la ciudad de Amsterdam en 1609, un paso que hace confluir la historia del dinero con la historia de la banca. Fue un paso especialmente provocado por el gran comercio de Amsterdam, el cual estaba a su vez relacionado con uno de los acontecimientos más influyentes en la historia del dinero: los viajes de Colón y el efecto producido sobre Europa por la subsiguiente conquista y el desarrollo de la América española.

5. Angell, pp. 117-118.

Después de 1493, había mucha gente en Europa que estaba poco enterada del descubrimiento y la conquista de tierras en ultramar, o que incluso los desconocía en absoluto. Pero puede afirmarse que eran muy pocos los que no experimentaban una de sus principales consecuencias. El descubrimiento y la conquista provocaron una enorme afluencia de metal precioso de América a Europa, y el resultado fue un increíble aumento de los precios, una inflación ocasionada por un incremento de la oferta del dinero más fuerte de todos. Casi nadie estaba en Europa tan a salvo de las influencias de mercado que no sintiese alguna influencia en su salario, en sus ventas e incluso en sus compras más insignificantes. El aumento de precios se produjo ante todo en España, que era adonde llegaron primero los metales. Después, al pasar éstos a Francia, a los Países Bajos y a Inglaterra, gracias al comercio (o tal vez, en menor medida, al contrabando o a la conquista), siguió la inflación en estos países. Entre 1500 y 1600, los precios se quintuplicaron quizá en Andalucía. En Inglaterra, si tomamos como base los precios de la segunda mitad del siglo xv, es decir, antes de Colón, dándoles un valor de 100, veremos que, a finales del siglo xvi, habían subido aproximadamente a 250, y ochenta años más tarde, en la década de 1673 a 1682, estaban alrededor de 350, o sea, tres veces y media más que antes de Colón, Cortés y los Pizarro. Después de 1680, se equilibraron y bajaron, como habían bajado mucho antes en España.<sup>6</sup>

Como se ha observado, fueron estos precios, y no las crónicas

6. Buena parte de los conocimientos modernos sobre este período se debe a los diligentes y sin duda fenomenales estudios de Earl J. Hamilton, primero en la Duke University y más tarde en la Universidad de Chicago, trabajo que Keynes, junto con muchos otros, aplaudió calurosamente, diciendo que tenía «suma importancia histórica». El profesor Hamilton pasó miles de horas de su juventud estudiando libros de cuentas y memorias en los hospitales, conventos y otras instituciones españolas, redactando índices de precios, así como escudriñando archivos españoles (entre ellos ese maravilloso monumento de papeleo burocrático que es el Archivo General de Indias), para establecer la procedencia, la clase y las cantidades de tesoros americanos que llegaron a España. Véase en particular su *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Harvard Economic Studies XLIII, Cambridge, Harvard University Press, 1934, y *American Treasure and the Rise of Capitalism (1500-1700)*, *Economica*, vol. IX, n.º 27 (noviembre, 1929), del que he tomado los índices de precios citados. Los números del índice citados aquí, redondeándolos un poco, son obra del historiador alemán Georg Wiebe. Sus cálculos, publicados por primera vez en 1895, fueron corregidos en detalles, pero no en órdenes de magnitud, en la obra de Abbott Payson Usher, «Prices of Wheat and Commodity Price Indexes for England, 1259-1930», *The Review of Economic Statistics*, vol. XIII, n.º 1 (febrero, 1931), pp. 103 y ss.

de los conquistadores, los que revelaron a la mayoría de los europeos que América había sido descubierta. De una manera primitiva, pero inconfundible, se planteó la proposición esencial concerniente a la relación del dinero con los precios: la teoría cuantitativa del dinero. Ésta sostiene, en su forma más elemental, que, en igualdad de todo lo demás, los precios varían en relación directa con la cantidad de dinero en circulación. En el siglo XVI y a principios del XVII, los precios subieron, y mucho, debido al gran aumento en el suministro de metales preciosos para su acuñación procedentes de allende el Atlántico. Más adelante tendremos ocasión de estudiar esta teoría de la cantidad en su forma moderna y más refinada. En aquel entonces, la experiencia monetaria había proporcionado conocimientos suficientes para que pudiese comprenderse fácilmente y, lo que es más importante, no se interpretase mal.

El mensaje de los americanos no produjo una satisfacción universal. En España, la nueva riqueza condujo también a una elevación de los salarios; aquí, parece que los salarios guardaron más o menos relación con los precios. En el resto de Europa, se quedaron muy atrás, quizá por la influencia de las diferencias en el crecimiento de la población. Las cifras de que disponemos sólo muestran órdenes de magnitud. También, en aquellos tiempos, los trabajadores, y sobre todo los numerosísimos del campo, tenían ingresos independientes de su salario en dinero. Sin embargo, en Inglaterra, en la década de 1673 a 1682, en que los precios equivalían a tres veces y media los precolombinos, parece probable que los aumentos de los salarios sólo fueron del doble. Un desequilibrio similar se produjo en Francia y probablemente en las ciudades comerciales de los Países Bajos y del norte de Europa.

No por última vez —y probablemente tampoco por la primera—, la inflación tuvo un profundo efecto sobre la distribución de la renta, con una particular tendencia a castigar más a los que tenían menos. La pérdida de los que cobraban los salarios bajos eran una ganancia de los que los pagaban y se beneficiaban con los precios continuamente en alza. De ello resultaron grandes beneficios<sup>7</sup> y sucesivamente una aceleración general del capitalismo

7. Distinción hecha por Keynes, que hablaba de inflación de beneficio en oposición a la inflación de la renta. John Maynard Keynes, *A Treatise on Money*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1930, vol. II, pp. 148 y ss.

comercial y, en una manifestación más elemental, del industrial. Los historiadores han hablado mucho, a menudo con más elocuencia que comprensión personal, de cómo los tesoros americanos financiaron, lubricaron, estimularon o fomentaron de algún modo el primitivo desarrollo del capitalismo europeo. En su opinión, fueron el oro y la plata *per se* los que hicieron el capitalismo. En realidad, no fue el metal, sino sus consecuencias, y éstas no eran en modo alguno misteriosas. Los precios altos y los salarios bajos significaban grandes beneficios. Los grandes beneficios daban lugar a grandes ahorros y eran un fuerte incentivo para la inversión. Además, los precios en alza hacían fácil el ganar dinero. A la remuneración natural de un comercio astuto o de una manufactura eficiente, se añadió, con el transcurso del tiempo, la ganancia resultante de la habilidad en vender la misma cosa por más dinero. La inflación lubrica el comercio, pero lo hace sacando a los comerciantes de sus errores nacidos del optimismo o de la estupidez. Por último, hay que presumir que el beneficio fácil dio mayores oportunidades a los nuevos empresarios, que, como suele ocurrir, eran más enérgicos, agresivos o imaginativos, o menos vulnerables a lo imposible que los que estaban ya en el campo. Así fue cómo el dinero americano, y la inflación resultante, ayudaron al nacimiento del capitalismo europeo. Indudablemente, éste habría nacido de todos modos. Pero no puede negarse que su influencia fue real.

En lo que concierne a España, la leyenda prevalece regularmente sobre el fuerte peso de los hechos. Posiblemente, esto se debe a que los historiadores españoles, a diferencia de los de otros países, raras veces se han dejado llevar por el amor propio nacional. Se han contentado con presumir lo peor. La Santa Inquisición española permanece en la mente de todos como el máximo ejemplo de crueldad pública, al menos hasta los tiempos de Hitler. Yo no quisiera alabarla. Pero el número de judíos, marranos y otros herejes, que cayeron víctimas de sus conocidos procedimientos judiciales durante los tres siglos de su imperio —unos pocos miles, como máximo— fue menor que el de los ejecutados, ocasional y sumariamente, en un solo año, en las ciudades de Renania. La Armada Española es considerada, todavía hoy, como el

clásico ejemplo de una soberbia y abrumadora potencia militar derrotada por un enemigo inferior pero mucho más aguerrido y astuto. La verdad no se ha impuesto nunca a esta creencia. Y es que los ingleses tenían un tonelaje casi equivalente de barcos de guerra, mucho mejor armados y tripulados, lo cual hacía que, en total, su fuerza fuese superior.<sup>8</sup>

Lo propio ocurre con la opinión corrientemente aceptada sobre el tesoro americano de España. Según la leyenda, era oro robado de los templos de los aztecas, arrancado como rescate por Francisco Pizarro a Atahualpa —la fantástica habitación llena de objetos de oro, exigida por Pizarro al inca— o entregado por los indios después de una persuasión sumamente dolorosa. Estos tesoros fueron después enviados a España en galeones, muchos de los cuales fueron víctimas de las hordas de piratas que infestaban las aguas españolas y cuyo latrocinio estaba, al menos parcialmente, justificado por la mayor codicia y criminalidad de los españoles.

En realidad, las riquezas robadas de los templos o arrancadas a los incas eran una pequeña parte del total. Éste había sido extraído principalmente de las minas. Y el tesoro no era de oro. Casi en su totalidad era de plata, después del primer año. A partir de la década de 1531 a 1540, el peso en plata no fue nunca inferior al 85 % del total, y, desde 1561 hasta 1570, al 97 %.<sup>9</sup> San Luis de Potosí, Guanajuato y las otras ricas minas de plata de México, algunas de las cuales siguen explotándose en la actualidad, y sus compañeras de Perú, fueron la verdadera fuente del tesoro americano. Digamos, en fin, que, en su mayoría, fue transportado a España sin mayores dificultades. Con la salvedad de dos o tres años malos, las pérdidas debidas a la piratería, más o menos legal, fueron ligeras. Esto siguió de la misma manera hasta los años de

8. «En 1588, Isabel I era dueña de la flota más poderosa que jamás se hubiese visto en Europa..., una flota capaz de navegar más velozmente y de maniobrar mejor que cualquier enemigo en cualquier tiempo, y, a la distancia elegida... de vencerle definitivamente con sus cañones.» Garrett Mattingley, *The Armada*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1959, pp. 195-196.

9. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain*, p. 40. Thorold Rogers, en su clásico estudio sobre los precios ingleses, realizado en el siglo pasado, habla de los grandes efectos de la nueva plata y de los ligeros efectos del nuevo oro. *A History of Agriculture and Prices in England*, vol. V, 1583-1702, Oxford, Oxford University Press, 1887, p. 779.

1630, después de los cuales declinó la exportación de plata por agotamiento de los más ricos filones.

El oro o la plata en lingotes que llegaba oficialmente a España eran acuñados, según la ley y la política mercantilista, en las Casas de la Moneda. Después, las monedas iban a parar a los centros comerciales del norte de Europa, que vendían los productos deseados o, al ser menos afectados por la afluencia de dinero, tenían precios más bajos. Al mismo tiempo que las monedas, pasaba metal de contrabando que se había librado de las Casas de la Moneda o no había entrado siquiera en España. En el siglo XVI, entraron en Francia grandes cantidades de metales preciosos, y en el siglo siguiente entraron en los Países Bajos para pagar a las tropas españolas que operaban allí. Conviene recordar que la guerra era una ocupación importante en aquella época y afectaba grandemente a la renta pública. (Max Weber calculó que, en aquel período, aproximadamente el 70 % de la renta española y unos dos tercios de las rentas de otros países europeos tenían este destino.)<sup>10</sup> Una parte nada desdeñable de este caudal iba a parar a Amsterdam, según veremos.

El tesoro americano no sólo fomentó los beneficios y estimuló el comercio y la industria, sino que aumentó las oportunidades de los que tenían dinero para conseguir dinero. Las monedas de plata de aquella época contenían una parte de cobre. A los falsificadores no les resultaba difícil conseguir imitaciones excelentes que contenían un poco —o más de un poco— de este metal. Les ayudaba en esto la circunstancia de que la acuñación de monedas, incluso en España donde estaba severamente regulada, era generalmente una forma de empresa privada. Los mercaderes de Amsterdam, a finales del siglo XVI —cien años después de que empezara la gran afluencia de plata—, recibían una serie sumamente diversa de monedas envilecidas en gran parte en su contenido de oro o plata gracias a diferentes innovaciones. En un manual publicado por el Parlamento holandés en 1606 para uso de los cambistas, se consignaban 341 monedas de plata y 505 mone-

10. Citado en Hamilton, *American Treasure and the rise of Capitalism (1500-1700)*, p. 340.



das de oro.<sup>11</sup> Dentro de la República holandesa, no menos de catorce Casas de la Moneda producían copiosamente dinero en aquella época. Como siempre, había una marcada ventaja en sustituir la calidad por la apariencia. Era un engorro, para los mercaderes, pesar las monedas que recibían. Y las balanzas eran también dignas de grandes y justificadas sospechas. Adam Smith habló, 170 años más tarde, de la solución:

Al objeto de remediar los inconvenientes (arriba indicados), se fundó un banco en 1609 con la garantía de la ciudad. Este banco aceptaba no sólo monedas extranjeras, sino también las ligeramente gastadas monedas del país a su valor real intrínseco, según la buena moneda tipo del país, deduciendo únicamente lo necesario para compensar el gasto de acuñación y los otros gastos necesarios de la administración. El valor restante, después de esta pequeña deducción, era acreditado en sus libros.<sup>12</sup>

Así apareció, para regular y limitar los abusos del dinero, el primer banco importante.<sup>13</sup> Pronto se establecieron instituciones similares en Rotterdam, Delft y la entonces importante ciudad comercial de Middlebourg. Con el tiempo, otros bancos guardianes aparecieron en otros países.

Con el auge de estos bancos disminuyeron las ganancias resultantes de la adulteración, el recorte u otros procedimientos que menguaban las monedas. En el banco público, sólo contaba el metal válido. Y tanto o más importante, el auge de los Estados nacionales redujeron el número de monedas y mejoraron su acuñación. Con ello, la acuñación dejó de llamar la atención a los hombres de instintos defraudadores. Ahora, el rendimiento de su habilidad era exiguo o irrisorio. Los problemas relativos al dinero ya no tuvieron nada que ver con la acuñación y sí, en cambio, con los bancos y con el fisco, sin excluir los de las instituciones creadas

11. Richard van der Borgh. «A History of Banking in the Netherlands», *A History of Banking*, Nueva York, 1896, vol. IV, p. 192.

12. Adam Smith, *Wealth of Nations*, Londres, T. Nelson and Sons, 1884, Libro IV, cap. III, p. 196.

13. Hubo al menos un efímero precursor veneciano. El calificativo adecuado era el de Banco Público, más que el de Banco Central. El Banco de Amsterdam no tenía el carácter y menos aún las funciones que se otorgaron más tarde a los bancos centrales.

para garantizar la acuñación. Una constante de la historia del dinero es que cada remedio puede dar origen a nuevos abusos.

Así puede decirse con verdad del Banco de Amsterdam, sobre el cual añadiremos unas palabras para completar el relato. Durante un siglo, a partir de su fundación, funcionó eficazmente y con estricta rectitud. Los depósitos eran depósitos y el metal depositado permanecía guardado a disposición de su dueño hasta que éste lo transfería a otro. No se hacían préstamos con él. En 1672, cuando los ejércitos de Luis XIV se aproximaron a Amsterdam, hubo una fuerte alarma. Los mercaderes asediaron el banco, sospechando algunos de ellos que su riqueza podía no estar allí. Todos los que pidieron su dinero lo recibieron en pago y al ver lo que pasaba prefirieron dejarlo. Como se observaría muchas veces en el futuro, mucha gente que necesita desesperadamente su dinero del banco deja de necesitarlo cuando está segura de que lo tiene a su disposición.

Sin embargo, con el tiempo, las cosas tomaron un rumbo peor. Siempre había existido una franca camaradería entre el alcalde y los miembros del Senado de la ciudad de Amsterdam, que, más que incidentalmente, poseían el banco, y los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Con frecuencia, eran las mismas personas. En el siglo XVI, la compañía había sido una empresa extraordinariamente sólida, aunque a menudo necesitaba efectivo a corto plazo para equipar sus barcos o para esperar el regreso de éstos. El banco empezó a otorgar estos préstamos, pasándolos de los fondos en depósito a las cuentas de otros. Era el primer paso hacia lo que, para los bancos comerciales modernos, es la operación más ortodoxa. Entonces, a finales del siglo XVII, la Compañía de las Indias Orientales empezó a flaquear. Sus déficits y sus deudas aumentaron, y, en el siglo XVIII, las cosas fueron de mal en peor. En 1780, la guerra con Inglaterra trajo consigo mayores pérdidas de barcos y de mercancías y el banco se demoró más en sus pagos. Incluso el Gobierno de la ciudad empezó a pedirle préstamos. Ahora, si todos los depositarios acudiesen simultáneamente a buscar su dinero, no habría manera de complacerlos a todos. Parte del dinero habría salido de allí, en préstamos no reintegrados o incluso incobrables, hechos a la compañía o a la ciudad. Anteriormente, los mercaderes, aceptando pagos por artículos o en liquidación de deudas, habían tomado depósi-

tos con prima, prefiriéndolos a una moneda dudosa que era la alternativa. Ahora, sospechando dificultades en el banco, aceptaban el pago sólo por transferencia de un depósito bancario, mediante descuento. Hasta que el banco empezó a limitar la cantidad de monedas que podían extraerse o transferirse a otro banco. La negativa o la imposibilidad de reintegrar los depósitos en dinero sería, en tiempos venideros, señal infalible de que un banco estaba en dificultades, de que, aun pudiendo explicarse su actitud, el final no estaba lejos. Para el Banco de Amsterdam, este final llegó en 1819. Después de poco más de dos siglos de servicios tuvo que liquidar sus negocios.